

JORNADAS ASOCIACIÓN ARGENTINA DE GERMANISTAS

A VEINTE AÑOS DE LA REUNIFICACIÓN ALEMANA

Asociación Argentina de Germanistas (AAG)

IdIHCS (UNLP-CONICET) - Centro de Estudios de Literaturas y Literaturas Comparadas

Universidad Nacional de La Plata

7 a 9 de octubre de 2010

Elisabeth Käsemann: el puzle de su memoria

Raquel Macciuci

Universidad Nacional de La Plata

IdIHCS/CONICET - CTCL

Resumen

Texto leído en las "Jornadas Asociación Argentina de Germanistas. A veinte años de la reunificación alemana", celebradas en 2010 en la Universidad Nacional de La Plata.

A partir de la reseña del Acto homenaje celebrado el 22 de marzo de 2009 en el cementerio de Lustnau, Tübinguen, en homenaje a Elisabeth Käsemann, detenida-desaparecida por la dictadura militar argentina de 1976-1983, el trabajo expone pormenores de la vida de la joven socióloga alemana, narra las circunstancias que se conjugaron para la organización del acto y reflexiona en torno a los procesos de la memoria y la lucha contra el olvido.

La memoria podría compararse a un puzzle imperfecto, que siempre tiene piezas faltantes o defectuosas, que al colocarlas modifican el conjunto.

Esta intervención trata sobre la memoria de Elisabeth Käsemann, y es también un acto de memoria. Por lo tanto, no se trata de una ponencia en sentido estricto pues estará atravesada por un mandato ético y una experiencia personal que aportará su carga subjetiva y prerrogativas morales.

Sabemos que un acto de memoria, si no se monumentaliza ni se convierte en pieza de laboratorio, está atravesado por una fuerza que emana del presente y de la voluntad moral que lo impulsa. También deja una puerta abierta a los sentimientos y las emociones, por más que algunas voces fundadas en criterios estéticos del siglo XX, lo consideren una rémora más que una contribución.

Distintos y debatidos conceptos que intervienen de manera decisiva en los procesos de preservación de la memoria traumática permiten trazar un itinerario que llame a la reflexión al tiempo que se recuerda la figura de Elisabeth: singularidad, anomalía, lugar de memoria, azar, ritual guiarán el curso de mis reflexiones.

Singularidad

Elisabeth integra la lista –cuyo número ha adquirido una resonancia simbólica– de 30.000 desaparecidos a manos de la última dictadura militar argentina.

No me refiero en este caso a la singularidad con el sentido en que eximios pensadores designan la irrupción de un hecho inusitado en la corriente de la historia creando un hiato sin precedentes, una discontinuidad irreversible. No entraré en esa discusión sobre la excepcionalidad o no de los procedimientos atroces de eliminación del otro que signaron el siglo XX; la existencia o no de una matriz común entre el genocidio armenio, la Shoá de los judíos o la desaparición forzada de personas.

Me refiero puntualmente a la excepcionalidad que reside en la presencia, en la Argentina de los años setenta, de una alemana de 30, estudiante de teología y sociología, comprometida con los pobres, activista de la izquierda trotskista y eficaz colaboradora en la asistencia a perseguidos e indocumentados.

Elisabeth Kässeman nació en Gelsenkirchen (Renania del Norte-Westfalia) en 1947, fue secuestrada el 8 de marzo de 1977 en Buenos Aires, la retuvieron en el Centro de detención de Palermo para luego ser trasladada al centro clandestino de El Vesubio, de donde la sacaron el

para asesinarla en Monte Grande en un simulacro de enfrentamiento junto con otros 15 secuestrados. Es posible reconstruir parte de esta historia conmovedora y aciaga, reactivada este año porque finalmente ha dado comienzo el Juicio por las víctimas del Vesubio, en el cual el estado alemán es parte querellante.

La anomalía

La respetada figura del padre de Elisabeth, el pastor luterano y profesor universitario Ernst Käsemann, su viaje a Argentina y sus tan tenaces como infructuosos requerimientos a la Embajada Alemana para que encontrara a la joven, enmarca su caso en una singularidad dentro de la singularidad de los 75 ciudadanos alemanes, o de origen alemán, secuestrados por la dictadura, e introduce la anomalía. Una anomalía en el marco de la memoria reciente de signo negativo, con el hecho excepcional que, a partir del pensamiento de Walter Benjamin, se entiende como una disrupción, un vuelco único, fuera de toda escala imaginable, en la previsibilidad de los hechos.

La anomalía desembocó en una singularidad, aunque amarga, carácter positivo: el cuerpo de Elisabeth fue finalmente devuelto a sus padres, no sin antes obligarlos a pasar por perversas manipulaciones previas. La sencilla, mínima sepultura en Lustnau, en las afueras de Tübingen, opera como un poderoso oxímoron que recuerda, pone de relieve la anomalía mayor de carácter negativo: la desaparición forzosa que después de secuestrar a las personas niega, retacea, oculta, profana, los cuerpos de las víctimas.

El azar

En una clásica tesis hoy revisada y superada, Henri Bergson sostuvo que la memoria auténtica, la que guarda la huella de una experiencia y no de un proceso intelectual de aprendizaje, sólo se puede recuperar por medio del azar, que imprevistamente coloca al ser humano en una situación semejante a la que provocó la vivencia pasada.

Sin duda fue fruto del azar que quien lee haya estado en la pequeña localidad de Lustnau después de haber sido invitada al XVII Congreso de la Asociación Alemana de Hispanistas que en marzo de 2009 se celebró en Tübingen. Buscando información sobre la ciudad sede en el fiel asistente Google, entre numerosas entradas de índole histórica, geográfica, turística, apareció en la página la referencia a Elisabeth. Su historia me era vagamente familiar, porque Osvaldo Bayer la había dado a conocer años antes; fue esa azarosa encrucijada de ciudades, nombres, historia reciente y experiencia traumática que me impusieron el deseo y el deber de visitar el cementerio donde ella descansa. El propósito privado se convirtió luego en una iniciativa colectiva que los colegas de distintas universidades alemanas, Matei Chihaiia, Susanne Schlünder, Johannes Kabatek apoyaron con intensa y reconfortante empatía, que poco después incluyó a vecinos, como la hospitalaria Cornelia Hermanns, y a las autoridades comunales en la figura del alcalde de Tübingen, Boris Palmer, como quedó documentado en un medio de prensa local. Fue así como, en poco tiempo distintas personas que no se conocían ni tenían relación entre sí -la mayoría no llegarían a conocerse- se mancomunaron en pos del homenaje en lugares muy distantes: Tübingen, Valencia y, claro está, La Plata.

Courage statt Vergessen

Lustnau. Erinnern an eine mutige Tübingerin und ein brutales Regime: Am Sonntag gedachten Angehörige und Teilnehmer am 17. Tübinger Hispanistentag der 1977 in Argentinien ermordeten Elisabeth Käsemann. Am ihrem Grab auf dem Lustnauer Friedhof erinnerte Ulrich Käsemann (rechts) an den Mord an seiner Schwester. Als Angehörige einer Widerstandsgruppe hatte das Regime die 30-Jährige verhaftet, gefoltert und erschossen. „Die deutsche Regierung blieb in ihrem zaghaften Bemühen erfolglos“, kritisierte Käsemann. Professorin Raquel Macchiuci von der Universität La Plata (3. von links) lobte die Arbeit der argentinischen „Comisión por la Memoria“ und der deutschen „Koalition gegen Straflosigkeit“, die Verbrechen der Junta aufzuklären – wie im Fall Käsemann. Hispanist Matei Chihaiia (2. von rechts) las das Grußwort von OB Boris Palmer: „Ihr Einsatz soll uns allen Vorbild sein.“ zie / Bild: Metz



Johannes Kabatek, Susanne Schlünder, Matei Chihaiia,
Raquel Macchiuci y Ulrich Käsemann

A Sandra Raggio, continuando un historial de colaboraciones en torno a la guerra civil española, le solicité el apoyo a la iniciativa en nombre de la Comisión Provincial de la Memoria que presidía. Ella gestionó fondos para subvencionar una placa recordatoria; por mi parte, me sentí honrada en hablar en nombre de la Universidad Nacional de La Plata desde mis lugares de trabajo en la cátedra de Literatura Española II y en el Centro de Teoría y Crítica Literaria; a dos por entonces jóvenes discípulos, Federico Gerhardt y Evelyn Hafter, les pedí que se desplazaran para tomar fotografías hasta el recién inaugurado Parque de la Memoria en busca del nombre Elisabeth en la larga lista de los desaparecidos; finalmente, integrantes de mi familia terminaron de captar imágenes esenciales en el memorial. En otra instancia, la profesora Graciela Wamba supo officiar de gentil traductora en un intercambio con el hermano de Elisabeth.

El proyecto de colocar una placa en el cementerio de Lustnau quedó reducida a una anécdota con ribetes risibles: me encontraba entonces en Valencia y ya había conseguido que Alfons Cervera gran escritor comprometido con la memoria si los hay, encontrara el taller donde fabricarían la placa en tiempo récord cuando recibí una cortés disuasión desde Alemania, no sé si del propio Ulrich Käsemann, hermano de Elisabeth, porque no era costumbre colocar ese tipo de recordatorios. Cuando llegué pude contemplar el sobrio, -luterano me atrevo a decir- túmulo, a años luz del barroquismo de los camposantos católicos- comprendí el choque cultural, o religioso, y lo desatinado de mi felizmente frustrada iniciativa.

Un lugar de memoria

Andreas Huysenn ha demostrado que la memoria requiere de bases materiales y tangibles. La recuperación de la memoria de las víctimas de genocidios, violencia extrema y ultrajes que los perpetradores intentan borrar tiene un puntal imprescindible en los lugares con las huellas de los hechos que ayudan a sostener el recuerdo. En este sentido, como ya lo he mencionado, la lejana sepultura de Elisabeth Käsemann es un vigoroso lugar de memoria que duplica su significado por contraste, pues su excepcionalidad pone de relieve la magnitud del vacío dejado por miles de cuerpos de secuestrados cuyo paradero se desconoce.

Cuando no es posible narrar lo inenarrable ni explicar lo incomprensible, los rastros tangibles del pasado se erigen en reclamo y testimonio mudo de la infamia. En ocasiones, las huellas materiales de la historia conjuran el olvido con imponentes y sobrecogedoras arquitecturas del horror: la humanidad conoce bien el aleccionador alegato que surge la imponente monumentalidad de los *Lager* construidos por el nazismo que hoy se pueden visitar en Alemania y otros países de Europa.

Pero la evidencia estremecedora de lo inefable puede salvaguardarse en un sitio pequeño y recoleto, en un nombre y unas fechas que preservan

una historia personal, única e intransferible. Así como en un vértice puede concentrarse todo el universo, la discreta, mínima piedra rodeada de humildes flores del lugar, que señala el destino último de Elisabeth resume y resguarda la memoria de miles de hombres, mujeres, niños, que sufrieron el zarpazo del terrorismo de estado con sello argentino y suramericano. Las breves hierbas y flores de Lustnau adquieren una sobrecogedora función testimonial que reclama desde la brevedad y el silencio.

El rito

También debemos a Walter Benjamin reflexiones esenciales sobre el poder de los rituales como motores voluntarios de la memoria colectiva que completan y rompen con la dependencia del azar como único disparador de la memoria.

El mandato de honrar a los muertos antes del último reposo, de cumplir con el rito del adiós y dar lugar al duelo de los deudos, unifica a las culturas más distantes. En la cultura occidental, al menos hasta hace unos años, el postrer sitio era un lugar de memoria ligado al enterramiento, a la in-humación, a volver al humus, a la tierra (*pulvis es, et in pulverem reverteris*).

Cuando el rito ha tenido que pasar por circunstancias penosas y aberrantes para llegar a su término, la sepultura, junto a la de sus padres, cobra una significación imponderable; y las con-memoraciones son una conjuración contra el olvido. El homenaje a Elisabeth Käsemann en Litnau no fue multitudinario porque no era esa la intención. Amigos y vecinos, organizaciones de derechos humanos, representantes de las autoridades fraternizaron en un encuentro breve cargado de emoción. Entre todos no podía dejar de sobresalir el hermano Ulrich, que llegó con un casco en la mano e indumentaria de motoquero después de recorrer en moto los 600 kilómetros que separan Hamburgo, su lugar de residencia, de Tübingen. A pocos metros del cementerio vive la otra hermana, que declinó estar presente, por discordancias -decía por ahí- con el proyecto de vida que había

abrazado la pequeña de la familia. Paradojas y preguntas propias de las batallas de la memoria.

Así como la gran amiga de Elisabeth en Argentina, secuestrada con ella y liberada tres días después gracias a los oficios de la Embajada Británica prolongó la memoria de su compañera en el nombre de su hija, el homenaje llevado a cabo el 22 de marzo de 2009 reafirmó los vínculos de Elisa con Argentina pero también con Tübingen: para algunos vecinos significó descubrir una historia estremecedora en una idílica comarca donde la prosperidad y la calma dominan el paisaje.

Las preguntas y comentarios, en un solidario intercambio de traducciones casi simultáneas, ponían de manifiesto que la historia terrible de un país latinoamericano había circulado con mayor o menor eficacia en la última ciudad donde llevó a cabo su misión pastoral Ernst Käsemann. Los más conscientes e informados preguntaban con cierto escepticismo si los culpables serían finalmente juzgados; algunas maestras contaron que solían hablar de Elisabeth a sus alumnos. Un vecino brindó quizás el testimonio más sugestivo cuando se acercó para decirme: “-Siempre supimos que había un misterio alrededor de este sepulcro, pero no sabíamos de qué se trataba; gracias por ayudarnos a entender”.

Memoria activa

Es un reto para la memoria convertirse en memoria activa, en un hecho movilizador no cristalizado en una fórmula inerte y repetitiva.

Así lo hizo el alcalde Palmer, del Partido Verde, quien supo ensamblar, sin anacronismos ni rodeos, el proyecto político de Elisabeth con la búsqueda de un mundo más justo que aún hoy y en el primer mundo tiene su razón de ser.

Pero porque la historia de Elisabeth tiene aspectos terribles y lacerantes para quienes la amaban y confiaron en el estado alemán a la hora de dar con su paradero las palabras del hermano Ulrich -diferida, postergada oración fúnebre- pronunciadas en el cementerio y recogidas

en un impreso que se repartió entre los asistentes, tuvieron especial impacto. El resumen de nuevos y sorprendentes detalles del ambiguo e inoperante proceder de la Embajada de Alemania en Argentina, y el final cargado de recriminaciones, preguntas y amarga ironía, non ha perdido su poder de interpelación.

Para mí queda demostrado cómo actuó el gobierno alemán, la manera en que llevó a cabo sus esfuerzos tímidos e infructuosos en Argentina. En cambio, la policía tuvo más éxito en Tübingen: logró posicionarse en una casita de jardineros con una cámara y desde allí filmar a su familia y a los asistentes al entierro de Elisabeth.

Justamente en este día, en el cual escribo estas líneas, leo una vez más las malas noticias provenientes del mundo de la política económica internacional, las cuales hace tiempo que han cobrado una dimensión social aterradora: al individuo aislado lo asalta cada vez con más fuerza el sentimiento de estar librado a un sistema incontrolable, y la conciencia de ser arrastrado a la crisis por la codicia y el accionar desenfrenado de unos pocos. ¿Qué hacer? (...) ¿Cómo podemos procurar en nuestro campo de acción que no sea la pura racionalidad de los fines económicos y el individualismo lo que determine la vida en común, sino que sea el bienestar de cada uno y todos los mortales lo que guíe las acciones de quienes gobiernan?

Elisabeth Käsemann nos ha enseñado cómo hacerlo. Conocemos el destino último, tan opresivo como impresionante y los hitos formativos que alentaban sus decisiones: que creció bajo la influencia de un padre que como miembro de la Iglesia Confesante (Bekennende Kirche) se había opuesto a los nacionalsocialistas pero que a la hija pronto le resultó insuficiente y le reprochaba no haber hecho más contra el genocidio nazi; que en la adolescencia fue una escolar interesada y comprometida políticamente con los movimientos estudiantiles, al principio desde un espíritu humanitario cristiano, luego desde una

perspectiva política explícitamente orientada al socialismo; que con el tiempo encaminaría sus pasos hacia Sudamérica, donde se ocupó intensivamente del destino de aquellos que, citando otra vez a Walter Benjamin, ocupan la franjas inferiores de las innumerables columnas de Trajano de la historia. Que llegara a identificarse con ellos hasta arriesgar la vida fue, en realidad, una consecuencia natural de este proceso.

La historia y la memoria

¿Hasta donde las leyes de la memoria pueden ir por un camino distinto al de la historia cuando se trata de recuperar y mantener la memoria de los silenciados?

La vida de Elisabeth en Argentina también ha sido reconstruida con bastante puntualidad. Se desconocen, o al menos no se han dado a conocer, detalles de sus últimos años en Buenos Aires, se sabe que llevó a cabo trabajos sociales en distintos barrios periféricos, que militaba en el Partido Obrero, que realizaba tareas de apoyo logístico para los desplazamientos los perseguidos por las fuerzas represivas y que colaboraba para proporcionar documentación falsa. Sin duda sería interesante saber más de su círculo de amigos y compañeros, más allá de su amiga Diane y de su pareja con la que apenas compartiría nada más allá de su relación, dada la necesidad de mantener en estricto secreto todo lo concerniente a su vida y militancia.

Por distintas vías se fueron añadiendo nuevos pormenores de la relación con sus progenitores, la sed de justicia que supieron inculcarle, las discusiones sobre las vías más eficaces para lograrla, la lenta aceptación por parte de los padres del destino elegido y de las razones que la llevaron a vivir en Latinoamérica y, más tarde, a negarse a abandonar Argentina cuando aún podía evitar el cerco cada vez más estrecho de las fuerzas represivas.

En el acto de Lustnau otros amables testigos aportaron retazos de la vida cotidiana después del secuestro: contaron que Margrit Wizemann, la madre de Elisabeth, se refugiaba en la casa de una

vecina y amiga para evitar que sus nietos la vieran angustiada por la suerte de la hija, fueron partícipes de sus vigiliias imaginando el sufrimiento al que habría sido sometida, del desconcierto ante las acusaciones de crímenes y violencias que le imputaban los siniestros asesinos, de su estupor cuando supo que el embajador alemán en Buenos Aires jugaba al tenis con el Almirante Massera, comandante de la Armada e integrante de la primera junta del gobierno golpista de 1976.

Una fe de erratas y una palabra de honor

En el relato que se forma en el proceso de recuperación de la memoria, resultado de la trama que distintas voces tejen con los hechos del pasado siempre renovados, el camino de la ciencia histórica y el de la rememoración, por definición, no son siempre los mismos y en ocasiones, surgen contradicciones que piden ser dilucidadas.

En torno al pasado de Elisabeth sobresale un episodio que inscribe otra singularidad que desnuda una faceta siniestra menos frecuente y divulgada de la perversión de los verdugos: está instalado en la memoria colectiva que en su infructuosa búsqueda, el pastor Käsemann tuvo que someterse a la extorsión suprema de pagar una altísima suma, 22.000 dólares, para recuperar el cuerpo de la hija. Osvaldo Bayer ha relatado en distintas ocasiones el episodio, incluso ha reproducido de las palabras que años después todavía daban cuenta de la dolida indignación de Ernst Käsemann. Yo misma me hice eco de la versión, y comparé la vileza de quienes fueron capaces de lucrar con los despojos de una desaparecida con los apóstoles que fueron capaces de jugar a los dados la túnica de Jesucristo.

Sin embargo, poco después de realizado el homenaje, quienes coordinamos el acto en Lustnau recibimos una misiva de Ulrich Käsemann, aclarándonos que el relato de Bayer da una versión errónea: su padre no entregó la suma solicitada para le entregaran el cadáver de Elisabeth sino para que se la devolvieran con vida.

Me comprometí entonces con el hermano a subsanar el equívoco cuando tuviera oportunidad. Comprendí que era muy importante para Ulrich, para Elisabeth, para todos, dar cuenta de la verdad de los hechos, más atroces por la desalmada estafa añadida, por lo que decidí cerrar mi intervención en estas jornadas con la necesaria, imperiosa enmienda.